

PIEDRAMADOR

JOSÉ MIGUEL DURÁN MÉNDEZ

DIC 1998



UNIVERSIDAD
POPULAR
BARCARROTA

002

COLECCIÓN
ALMARIO

Títulos publicados:

*LAS HERENCIAS (Cuento sin moraleja)

José Ignacio Rodríguez Hermosell

*CUENTO DEL ÁRBOL ORGULLOSO

Francisco Joaquín Pérez González

Federico Luis (un pobre hombre para algunos, un chiflado sin posibilidad de cura para la mayoría) vivió durante mucho tiempo, más de la mitad de su vida, aislado de la sociedad, encerrado con su papá y su mamá en una confortable casa solariega (más confortable sin duda que la cruda realidad que le rodeaba), enfrascado, cual nuevo Quijote, en la lectura apasionada de cientos de libros, cuyo tema básico casi siempre era el mismo.

Este pobre hombre chiflado decidió, ya mayor, cuando peinaba con tristeza las canas de su cabellera rala, cercano a la cincuentena, buscar la realidad (todo aquello que no era su casa) el objeto de sus desvelos, pesquisas y cavilaciones: el mágico libro escrito por San Pedro de Alcántara, y oculto, según las leyendas (pura historia para él), en algún hueco interior de determinada y desconocida pared franciscana de un romántico convento en ruinas, que no había vuelto a visitar desde que era un niño mocososo y consentido, cuando tenía diez poderosos años, plenos de inocencia, cuando todavía le llamaban, por abreviar, Fedeluis, apelativo cariñoso que nunca contrarrestó su implacable seriedad ni el ensimismamiento perenne que encerraban sus ojos grises y tristes.

Nadie sabía, o llegó a sospechar, que la aparente trascendencia que emanaban sus más simples actos tenía su origen: Piedramador. Por este nombre era conocido el fabuloso y legendario monasterio medio derruido, abandonado por la habitual desidia de los pobres hombres que nunca han reconocido ni

reconocerán su indudable chilladura; así de embaucados en el error los mantienen el tiempo y sus añoranzas, el ilusorio progreso (a veces real) de las cosas.

Federico Luis, una mañana de otoño, salió de su mansión, después de tantísimos años, preparado con todo lo necesario para que la primera aventura que pensaba emprender en su aburrida vida llegara a buen puerto. Se colgó a la espalda una enorme mochila, donde llevaba sogas, linternas, un tienda pequeña de campaña, un pico y una palita como de juguete, brújula, latas de conserva, botellas de agua, un casco minero, planos, cuadernos, libros, dineros, etc. De ropa sólo traía consigo la que llevaba puesta: unos pantalones vaqueros muy usados, una camiseta de invierno debajo de una camisa a cuadros rojos y azules, un chaleco muy caro y una cazadora de piel marrón. No se olvidó de ponerse un sombrero viejo, demasiado parecido al de Indiana como para no llamar la atención. Al no tener carnet de conducir y menos un coche, se hizo de una mula anciana, plagada de mataduras y de largo pelaje y en ella se montó después de ponerle un cabestro con riendas de cuero y una manta zamorana sobre el duro espinazo. De madrugada, solo, sin despedirse de sus papás, ni dejar nota alguna, dejó el pueblo y después de cruzar la dehesa "Los Pajaritos", subió un monte empinado, hasta que descubrió lo que tenía previsto descubrir: una gran ruta escondida entre rocas y matas. Allí comenzaba de veras la aventura. Desde allí, y después de cruzar los pasadizos adecuados, accedería a la tumba de los monjes.

La gruta no era desconocida por lo gente del pueblo, pero dentro de ella, en determinado sitio, había una gran roca que tapaba un profundo agujero por el que a duras penas cabría el cuerpo de un hombre en posición horizontal. Eso sólo lo sabía Federico Luis, y antes que él un ignorado erudito del siglo XIX, don Evaristo Méndez de Sandóval, y mucho antes los monjes franciscanos del siglo XVI, que habían excavado, con infinita paciencia, la tierra, hasta construir un magnífico laberinto secreto que les permitía salir y entrar del monasterio sin ser vistos ni oídos.

El sol llevaba una hora sobre el horizonte, cuando Federico Luis penetró en la cueva y buscó la roca ya dicha. Nuestro hombre estaba alegre, seguro, orgulloso de la fiabilidad de sus investigaciones. El convento distaba de donde se encontraba unos quinientos metros y no podía divisarse desde allí porque una colina se interponía. Había decidido entrar por la gruta y no por el portal, porque, aunque no lo sabía directamente, sospechaba que había gente curiosa merodeando por los alrededores. Hace diecisiete años, su papá, escandalizado, le había relatado un suceso macabro. Alguien había abierto el nicho de la capilla y había sacado los esqueletos mejor conservados de los que allí yacían. El hombre que había profanado la tumba persistió en su osadía colocando los cadáveres de los monjes en diferentes sitios: uno en el altar; otros en el coro; uno, de altura considerable, en el púlpito (sin la cabeza sobre los hombros, sino sobre la palma de lo que fue su mano derecha y no simplemente unas sinistras falanges, falanginas y falangetas). La entrada de la capilla la custodiaban dos cadáveres terroríficos que empuñaban cañas y conservaban la risa eterna de las calaveras.

También sabía por sus papás que las paredes, de trecho en trecho, presentaban agujeros de considerable tamaño hechos por gente que ya buscaba lo que Federico Luis pretendía encontrar ahora.

El monasterio, además, era visitado, casi semanalmente, por gente más normal, fascinados por las ruinas, por lo que aún se mantenía en pie casi de milagro, persistente al tiempo cruel y al maltrato inhumano de los humanos.

Así que era mejor entrar en el convento a escondidas, sin que nadie se enterara y pudiera entorpecerle en su misión. Por eso estaba contento de haber encontrado la gruta y una vez dentro de ella, haber localizado la roca que taponaba el acceso al laberinto. Intentó moverla, pero en vano. Echó mano del pico y después de seis días (casi siempre picando) y seis noches (durmiendo al aire libre) logró que el peñasco cediera hasta apartarlo de la boca de la

entrada. Entonces ocurrió el primer susto: cientos de murciélagos, con un aleteo desagradable y frenético, se le vinieron encima, cayéndose de espaldas, a punto de romperse la crisma. Cuando la marea negra cesó, Federico Luis encendió una linterna y observó con calma la entrada a los pasadizos. Era demasiado estrecha, no podría llevar la mochila.

Para colmo de males, sus gafas de miope (tenía casi quince dioptrías) se le perdieron en alguna parte cuando la desbandada de los murciélagos. Trató de buscarlas tanteando el suelo húmedo con las manos, pero fueron sus rodillas quines las encontraron rompiendo en añicos los cristales. Federico Luis se desilusionó: a pesar de su mente metódica se había olvidado de traer gafas de repuesto. Sin embargo, su ilusión venció a la frustración y loco por entrar en el laberinto, decidió valientemente afrontar la aventura cuanto antes. Le había ganado la impaciencia y sólo pensar en retornar al pueblo para hacerse de nuevas gafas le ponía de mala uva.

Federico Luis, transformado en topo, valiéndose mas del tacto que de su visión borrosa, metió la cabeza en el túnel estrecho y bajo; después, arrastrándose, el cuerpo; y por último, los pies embulidos en unas botas de alpinista. Abandonó la mochila en la gruta, se puso el casco de minero con linternilla incorporada, metió en sus bolsillos todo aquello que le cupo (navaja multiusos, brújula, dinero, tabletas de chocolate...) Y avanzó varios metros hasta llegar a una bifurcación que se convirtió en dilema: había olvidado la ruta a seguir. El erudito describía la situación muy claramente y dejó escrito en su obra el itinerario preciso, pero Federico Luis, con el corazón bombeándole a cien, vencido por la emoción de los percances, se sumergió, sin remedio, en un mar de dudas. ¿Qué túnel elegiría?. ¿El de la derecha o el de la izquierda?.

Por fin, la razón y la memoria acudieron en su auxilio. Dio gracias a su pasión por la mitología grieta. Culebreando hacia atrás, regresó a la gruta, y en la mochila halló la solución al problema: una bobina que enrollaba cientos de metros de cordel.

Ató un extremo a la roca y el otro a su cinturón. Si se perdía por las estrechas galerías siempre podría regresar al punto de origen. Contento por la genial y clásica idea se introdujo de nuevo en el túnel y para mayor goce, al llegar a la bifurcación, consiguió acordarse de las palabras del erudito: debía tomar el camino de la izquierda. A partir de ese momento la cosa fue más fácil. A la débil luz de la linterna del casco y a pesar de su visión defectuosa, avanzó en pocas horas muchos metros.

Sí, Federico Luis volvió a animarse, se reconcilió con sus horas de estudio, que por unos segundos, llegó a juzgar estériles, y silbando alguna cancioncilla para no aburrirse o para distraer su innata claustrofobia, pensó que le quedaba bastante poco para llegar a la tumba de los frailes. Pero, como la felicidad no suele anidar demasiado tiempo en el pecho del hombre, ocurrió una nueva desgracia. La luz del casco se apagó de golpe y nuestro hombre se hundió, súbitamente, en la oscuridad más absoluta. “Malditas pilas”, se dijo. “Es igual, sin mis lentes mi visión no era mucho mejor”. Con este último razonamiento reanudó su marcha de topo y anteando las húmedas paredes de tierra siguió avanzando a buen ritmo.

“Si don Evaristo no mintió, calculo que me quedan por recorrer apenas cuarenta y tantos metros”, se dijo casi eufórico, casi presintiendo, como se presiente el mar cuando nos vamos acercando a un pueblo costero, la proximidad de la tumba monacal. Pero erraba. No don Evaristo, sino su discípulo. Cuando dobló una esquina y culebreo unos metros se topó nuestro topo con un obstáculo : piedras venidas de Dios sabe donde impedían la marcha. Trató de quitarlas, pero por una que apartaba, aparecían otras diez. Fatigado, casi exhausto, retrocedió. La situación era angustiosa: en la negritud, cegado el único camino posible que le conduciría hacia su destino, casi perdido, enterrado como un muerto, con varias capas de tierra y piedra sobre su cabeza, con el aire escaso para respirar, Federico Luis sintió la necesidad de dar un grito; pero no lo hizo, porque su educación no se lo permitía y

porque su razón le aconsejaba que aquello era completamente inútil. Así pues, siguió retrocediendo y consideró oportuno regresar al punto de partida; pero las desdichas nunca vienen solas, y cuando buscó por su cinturón el cordel no encontró ni la más mínima hilacha: en algún recoveco de los muchos que tenía el laberinto se debió de romper el hilo de Teseo. “¡Maldita sea mi estampa!”, exclamó castizamente nuestro pobre hombre chiflado. “¿Y ahora qué?”, se preguntó. “Paciencia y barajar”, ésa fue su respuesta.

Federico Luis siguió retrocediendo y al llegar a una antigua trifurcación ya pasada se hizo un lío y en vez de arrastrarse por el camino de antes, se metió en uno nuevo (Debemos disculpar el fallo de Federico Luis; otro en su lugar, en plena oscuridad, ya se habría equivocado muchísimo antes).

Él continuó su marcha hacia atrás, creyendo que retornaba a la gruta del inicio, ignorando que iba adentrándose por otros pasadizos del laberinto. Se hubiera perdido para siempre, habría muerto de hambre, sed y desesperación en aquellas profundidades, si don Evaristo Méndez de Sandóval no se hubiera equivocado en lo referente al itinerario a seguir. Sí, el erudito no fue tan sabio. Una tremenda fosa se tragó al bueno de nuestro héroe, y menos mal que no era muy honda, porque si no hubiera muerto de la caída. Tras el impacto, Federico Luis tanteó las paredes. No había salida hacia ninguna parte. Trató de escalar la fosa: no pudo. ¿Qué hacer? Una chispa de memoria, que por un segundo pareció iluminar el oscuro laberinto, brotó de su cerebro monomaniaco: llevaba cerillas. Con los nervios exacerbados, buscó la caja por sus bolsillos. Una vez en su mano, la abrió, sacó un fósforo y lo rascó. La llama no surgió al desprenderse la cabecilla. Probó suerte con otra cerilla y luego con otra y después con otra... y cuando ya sólo le quedaba una, se dijo: “Piensa, no te precipites, ésta es tu última oportunidad. ¿Por qué no se han encendido las cerillas? Piensa. ¡Piensa, coño! Por la humedad del ambiente, claro. ¿Qué hacer entonces? Los vaqueros utilizan su barba cerrada para encender los

fósforos. Tú no te afeitas desde hace seis días. Podrías emularlos. Pero eso sólo pasa en las películas. Aunque también puede acontecer en la realidad, caramba. ¡Prueba, joder!”

Y probó, y milagrosamente la cabeza se prendió, y como inexplicablemente llevaba sebo y una mecha en los bolsillos, iluminó la fosa con una vela improvisada. A la escasa luz observó el lugar. La fosa era bastante grande y en un sitio del suelo no había tierra, sino una lápida con inscripciones en latín. Tradujo al castellano: “Ésta es la entrada al reino de los muertos”.

La primera reacción de nuestro héroe fue morirse de miedo, después de desmayarse, y una vez despierto, pasear alrededor de la estrecha fosa, buscando en su cerebro la idea que le sacara de ahí o reuniendo en su corazón el valor necesario para penetrar, como ya hiciera Ulises, en el reino, tan temible, de los muertos, de los frailes muertos, cuyas vidas conocía tan bien, pero no hasta el punto de reconocerlos a partir de sus calaveras. En esto estaba, cuando se paró, de pie, encima de la losa. Como estaba cansado, allí mismo hizo amago de sentarse, pero al hacerlo, como si un terremoto hubiera pasado, la losa se abrió en cuatro partes y Federico Luis, inerte, fue devorado por la tierra hasta caer bruscamente en lo que fue una tumba monacal y es ahora una bodega de vinos selectos y caros. Pero esto último él no lo sabía, entre otras razones porque la semioscuridad y su miopía desprotegida por la falta de las gafas impedían ver la realidad tal como era. Con mano temblorosa agarró el cuello de una botella, casi sin querer, y al imaginarse que lo que asía era el fémur de un fraile la soltó horrorizado rompiéndose, hecho trizas, un *Rioja* del 91. Con el terror metido hasta los tuétanos, derribó barriles, anaqueles, en medio de un estrépito de cristales, que él oía como voces de ultratumba. En su desesperación se tropezó con unos escalones. Con la intuición de los cobardes subió una estrecha escalera hasta darse un gran porrazo en una puerta de madera, a la que dio grandes golpes con las dos manos para que alguien, quién sabe si algún ángel bueno, le sacara de allí cuanto antes. “¡Socorro,

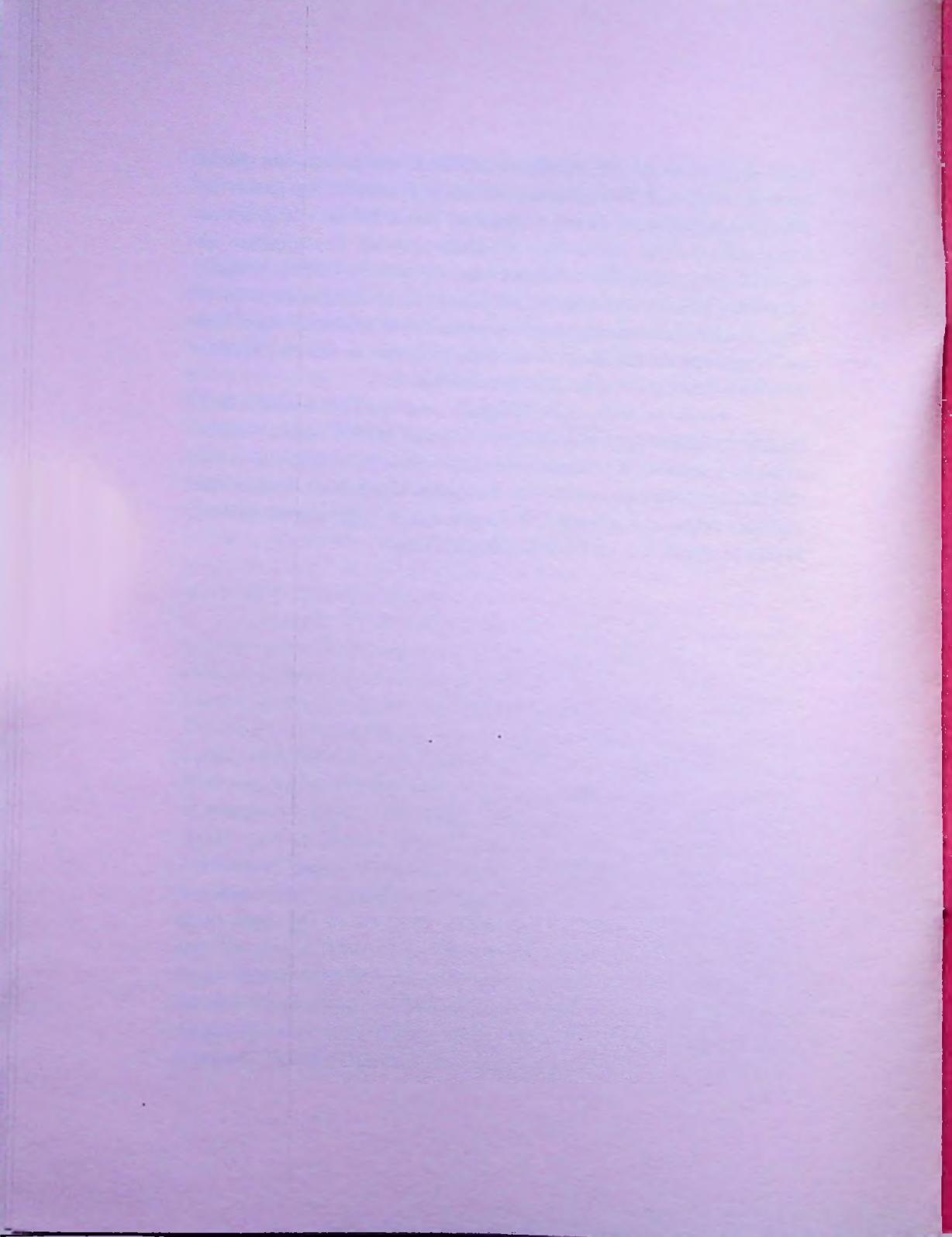
ayuda, *help...!*”, gritaba como un condenado en los Infiernos. Pasaron dos minutos y alguien acudió a su llamada. Una camarera, con delantal y cofia blancos, le abrió la puerta y Federico Luis, sin dar las gracias, creyendo que quien le abría era un fraile del siglo XVI (tan trastornado estaba), le dio un tremendo empujón y salió corriendo despavorido. En su ofuscación, no se fijó que la antigua capilla estaba ocupada por mesas, clientes y camareros. Claro, él no se dio cuenta de eso, pero todo aquel que le vio se sorprendió sobremanera al ver la extraña figura que salía de la bodega como huyendo de su sombra o de fantasmas vengativos.

Federico Luis, febril, con la mirada de un loco, cruzó pasillos, subió escaleras, se entró en las habitaciones de los huéspedes, formó gran desconcierto en las cocinas, se chocó sin pedir disculpas con varias personas y cuando ya la lengua se le salía, como a un perro, de la boca, su visión borrascosa de miope veterano se le fue oscureciendo hasta que se desmayó y cayó derrumbado en una larga galería.

Cuando volvió en sí, se levantó creyendo que todo lo que le había ocurrido fue una mala pesadilla. Pero al oír pasos que se iban acercando, no pudo evitar que su corazón le latiera con una fuerza tan tremenda que parecía que quisiera salirse del pecho. Entonces, a una distancia de unos quince metros divisó una gran figura imprecisa que venía hacia él. Se trataba de una muchacha en albornoz, con una toalla en la cabeza y un secador en la mano, que él, cegato sin gafas y con una crisis alucinatoria, transformó en un fraile que se dirigía hacia él para clavarle una daga en los intestinos. Quiso retroceder, pero a sus espaldas nuevos pasos sonaban. “Estoy rodeado”, se dijo. “Será mejor que me enfrente al de la daga, que es uno solo, si quiero salvar mi vida. No creía yo que los frailes franciscanos fueran tan agresivos, joder”. Cuando llegó la del secador con una sonrisa, él se arrojó hacia ella, la tumbó en el suelo, la desnudó por completo, le tocó pchhos y nalgas (un tanto extrañado al sentir en sus dedos partes tan blandas y suaves, tan impropias de un monje de clausura) y le arrebató la

daga, digo el secador. La pobre muchacha, que se suponía que la estaban violando, dio grandes chillos y entonces, los pasos de antes, aceleraron su ritmo y llegaron hasta los dos bultos que forcejeaban en el suelo. Las pisadas eran de dos guardas de seguridad que cogieron a nuestro héroe, a nuestro pobre chiflado, y con muy bruscas maneras, de una patada en el culo, lo echaron de Piedramador, famoso convento de cinco estrellas donde aquel que no tenga carnet de famoso no puede entrar, si no es pagando comida y habitación a un precio exorbitante.

Federico Luis, solo, fatigado, con una tierna seriedad de hombre maltratado, se alejó del monasterio, que ya no era el de su infancia, y retornó al pueblo, a su casa solariega, donde sus papás sabrían consolarle y curarle los rasguños o posibles heridas que cosechó, como único tesoro, de la primera, y seguramente última, aventura que corrió en su aburridísima vida.



COLECCIÓN
ALMARIO

NÚMERO 3